

## EL MOTÍN

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas. — Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año. — Número suelto, 10 céntimos. — Atrasado, 25. — Corresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

## DELINCUENTES

Es triste lo que me sucede. Tras largos años de ejercer una profesión que siempre tuve por honrada, ahora me asaltan los escrúpulos. Estas espinas de las flores de la virtud me atarazan el alma. ¿Seré yo un criminal inconsciente? ¿Estaré cometiendo a diario delitos sin saberlo como hablaba en prosa Mr. Jourdain? La duda, según se advierte, es aterradora.

No faltan, por desgracia, fundamentos a la sospecha. Fijense bien en ello mis compañeros de inconsciente delincuencia. Si los periodistas más o menos ilegales fuésemos hombres de bien, tendríamos algo que ver con el Código penal? ¿Suscitaríamos los enojos del ministerio público? ¿Daríamos que hacer a los tribunales de justicia? ¿Viviríamos bajo la constante amenaza del presidio? ¿Se ejercería sobre nosotros la vigilancia de la autoridad? ¿Se dictarían en nuestro obsequio medidas excepcionales siempre que lo reclama la gravedad de las circunstancias? Hay que desengañarse, todas esas precauciones no las toma la sociedad contra los ciudadanos honestos. Yo tuve una vez la oportunidad de habitar por breve tiempo, a causa de un perenne del oficio, la Cárcel Modelo, y una buena señora que lo supo hizo el siguiente comentario: «No sería por nada bueno.»

El sentido común hablaba por boca de la excelente dama. ¿Es posible que se lleve a nadie a la cárcel por cumplir con su obligación? Nuestra delincuencia es específica, profesional. Podemos ser buenos hijos, buenos esposos, buenos amigos, excelentes padres de familia; podemos vivir honestamente, no dañar a nadie, dar a cada uno lo que es suyo y hasta no deber un cuarto, que ya es hacer en los tiempos que atravesamos; podemos cumplir al pie de la letra todos los mandamientos de Dios y aun aquellos de la Iglesia que todavía se hallan vigentes; pero tan luego como nuestra diestra pecadora esgrime la pluma, todo sentimiento de deber se borra en nuestra conciencia, todo instinto de pudor nos abandona y el genio del mal toma plena posesión de nuestro descarrado espíritu. Es increíble, pero cierto. Los mejores obrando, son escribiendo los más malos.

¿Es qué no se puede ejercer honradamente esta maldita profesión? ¿Qué duda cabe? ¡Si es lo más fácil! Ahí está la prensa ministerial que podrá servir de ejemplo. Basta ser siempre de la opinión de los que mandan, lisonjear siempre a los que triunfan, defender cuanto el poder defienda, combatir cuanto el poder combata, alegrarse a las doce en punto y entristecerse a la una menos cuarto, si así lo manda el gran preboste. De esta suerte se ejerce el sacerdocio sin delito y sin riesgo. Acaso la opinión se dé a veces por agraviada. Pero la opinión no tiene fiscales, ni jueces, ni cárceles. Sus agresores gozan completa impunidad.

Nosotros entendemos el oficio de otro modo. Un espíritu descontentadizo y displicente nos lleva a considerar como detestable casi todo lo que hacen los gobiernos. Cuando por raro caso un gobernante da en el clavo, como somos sobrios en la alabanza estimamos el bien se recomienda de suyo y que, como decían nuestros mayores, el buen paño en el arca se vende. Acostumbrámonos a cambio extremar la censura, considerando la crítica como la primera función de la prensa, aquella mediante cuyo empleo llena en la sociedad su cometido. Antojánsenos perniciosas y corruptoras las dulcedumbres del elogio. Reputamos por sanas y tónicas las amarguras de la crítica. Y de este nuestro especial punto de vista resulta la paradoja moral y jurídica de que en nuestro oficio sólo corre peligro el que cumple con su deber, y sólo está seguro el que lo infringe.

¡Terrible contradicción, que basta por sí sola a patenizar nuestro extravío!

Otra prueba de nuestra perversidad damos con frecuencia los periodistas ilegales. Sabido es que la prensa goza en España de una libertad omnímoda, salvo las naturales limitaciones destinadas a impedir que degeneren en abuso el ejercicio del derecho. Por virtud de ellas suele en cada momento vedárenos el tratar de una, dos, tres, media ó hasta una docena de cuestiones de actualidad. Con tal de que no hagamos alusión a estos problemas, que son entonces los que importan, de todo lo demás podemos hablar libremente. Los axiomas matemáticos, los principios astronómicos, los fenómenos de la física y de la química, los misterios del hipnotismo, los hechos de la historia antigua, hasta la caída del Imperio Romano de Occidente, ofrecen a nuestro examen una infinita variedad de temas, todos de palpitante interés. Pues tal es nuestra condición aviesa que, desdefiando toda esta inmensa variedad de seductores asuntos, solemos obstinarnos en tratar aquellos pocos que nos están vedados, bajo el sutil pretexto de que si no resultarán nuestros trabajos inactuales como don Pompeyo é inapidos como Badillo, ¡tan elevados somos

por mal y tanto atractivo ejerce sobre nosotros el fruto prohibido!

La Criminología novísima ha puesto fuera de duda la existencia de una locura moral que, dejando intactas las facultades intelectuales, arrastra a sus víctimas al delito con irresistible impulso, superior a todas las resistencias de la voluntad. ¿No adoleceremos acaso los periodistas díscolos de esa horrible dolencia? Nuestra propensión criminal ofrece todos los caracteres que Lombroso, el padre de la escuela, atribuye a los actos del delincuente nato. Siempre que ni el interés, ni la pasión, ni ninguno de los móviles que de ordinario dirigen la conducta, basta a explicar la comisión de un delito, quiere el sabio criminólogo italiano que se tenga al acto como producido por el nativo impulso criminal, incontestable é inconsciente. Nuestros delitos son todos de esa especie. ¿Qué nos va ni qué nos viene a nosotros con que los gobiernos hagan un sayo de la capa del país? ¿Qué nos metemos nosotros en el bolsillo al censurar una arbitrariedad, al criticar una torpeza, al denunciar un abuso, al evitar un exceso? Ya sé yo que Badillo atribuye nuestros extravíos a la pasión y no al interés. Pero hay contra ese punto de vista un razonamiento concluyente. Nunca la circunstancia atenuante de arrebatado y obcecación ha sido invocada con aplicación a los delitos de imprenta. ¿Y cuidado si se tratan diariamente en la prensa cosas capaces de producir obcecación y arrebatado!

Hay que reconocer que el género de delincuencia a que muchos periodistas nos sentimos arrastrados es el más funesto de todos. Hubiéramos perdido Colonias y desvanecido leyendas y acaso seríamos a la hora de ahora grandes personajes, y aun jefes de partido ilustres. Rompiendo el cristal de una joyería y desapareciendo por la boca de una alcantarilla, tendríamos grandes probabilidades de quedarnos con las alhajas. Si matáramos a un prójimo haciendo *mutis* por el foro, estaríamos casi seguros de no ser habidos. En la especialidad que cultivamos nada se gana y se pierde siempre. Si esta criminalidad no es locura, que venga Dios y lo vea.

La función de la prensa política debe parecer cosa muy extraña vista desde las alturas del poder. Eso de que un ciudadano cualquiera, un zascandil, un don Nadie, sin acta, sin diploma, sin título, sin otra representación que la del propio juicio, pueda, desde las tinieblas de su insignificancia, censurar a su antojo los actos del poder, meter el cuevo en el *sancta sanctorum* del Estado, poner al más empingorotado personaje cual no digan dueñas, y multiplicadas sus censuras en muchos miles de ejemplares, expenderlas en la vía pública, introducir las por debajo de las puertas, hacerlas penetrar en los hogares, insinuarlas en las conciencias, envenenando los espíritus, concitando los ánimos, espaciando donde quiera una atmósfera de descontento, tiene que resultar licencia horrenda a los ojos de todo espíritu autoritario y gubernamental. Los que tal hacemos nos quejamos de vicio. Toda pena es poca para nuestra liviandad. Porque ¡cuidado si implica perversión el emplear para fines semejantes un instrumento tan poderoso, tan incontestable, tan omnipotente, que, bien usado, podría llegar a hacer amable a Villaverde!

ALFREDO CALDERÓN

## O con ellos, ó contra ellos

Han dado ahora algunos espíritus elevados (?) en la gracia de pedir, en nombre de la libertad, tolerancia para las creencias ajenas, por supuesto, para que no se ataque al catolicismo.

Que respeten los católicos las de aquellos que no lo somos, y mucho se habrá adelantado para llegar a la tolerancia esa.

Pero mientras ocurra lo contrario ¿quién va a ser tan miserable que, teniendo una pluma en la mano y ansia por decir la verdad, permanezca silencioso ante las atrocidades y los insultos de los que hoy dominan en todas las esferas?

¡Tolerancia! La que ellos tienen con las ideas de libertad que profesamos; esa es la única que deben esperar de los escritores que no alquilan su pluma ni venden su conciencia, ni encienden las dos velas, y que se respetan a sí mismos lo bastante para no fingir creencias que no abrigan por complacer a los que pueden dar, ó por no indisponerse con los que pueden quitar.

Si algún día, por perturbación cerebral (no admito otras causas) comenzase yo a vacilar en mis convicciones antirreligiosas, me guardaría bien de divulgarlo, a menos que no me volviera completamente imbécil, porque nadie pudiera sospechar que enderezaba mi palinodia a servir a mi conveniencia.

Por esto me dan asco los escritores que, sin declararse abiertamente ortodoxos, lo cual, en último término, acreditaría cierta honradez, hacen la causa de los que hoy triunfan combatiendo a los que disparan contra la fortaleza enemiga con las armas de que disponen.

Siempre será eso más noble y más viril, que procurar congraciarse con el clericalismo, omnipotente hoy, haciendo juegos malabares con las ideas, y acomodándose al medio ambiente.

Verdad es que en el pecado llevan la penitencia esos saltimbanquis, porque no llegan a alcanzar siquiera el respeto ni la consideración de los mismos a quienes adulan. Si fuera posible saber lo que de mí piensan los clericales a quienes siempre combati, y lo que opinan de esos tahures de la inteligencia que juegan con dos barajas, no resultarían ellos favorecidos en la comparación; que a los clericales, como a todos los hombres, les repugna la bajeza y la cobardía de que dan muestra los que, tan ateos como yo en el fondo, tratan de colocarse en la línea divisoria, para poder inclinarse sin gran violencia al lado que más convenga a sus intereses de momento.

Con la Iglesia, ó detrás, ó enfrente; detrás, para seguirla en todo; enfrente, para atacarla por todo. Lo demás supone ó pequeñez de espíritu, ó cálculo mezquino, ó hipocresía despreciable, condiciones que excluyen las que tanto enaltecen al hombre que piensa, que siente, que quiere, al hombre completo, para decirlo de una vez.

Comprendería que esos tales pidiesen, estando los católicos perseguidos, respeto para todas las creencias; pero siendo hoy los perseguidores, ¿qué interés, si no el propio, puede moverles al pedir la tolerancia que piden?

No necesito esforzarme para convencer a mis lectores de que odio al clero y a la frailería. Pues bien; hay algo que me inspira más odio que ellos: los escritores que, llamándose liberales, los defienden de manera indirecta, sin echarse antes encima el sambenito de la abjuración.

¿Green? Pues a retractarse públicamente y a formar orgullosos entre los clericales. ¿No? Pues a responder a lo que la libertad y la dignidad exigen de consuno, combatiendo a los enemigos constantes é irreconciliables de la dignidad del hombre y de la libertad de la nación.

Cualquiera de esas actitudes sería honrada. La que han aceptado es deshonrosa.

JOSÉ NAKENS

## LOS CAMBIOS

Lo que es la costumbre. Tenemos aún a grande altura los cambios: a más de 27 los francos; a más de 32 las libras. No nos preocupa. A los mercaderes ¿por qué habría de preocuparlos? Cargan el cambio sobre la mercancía: no lo pagan ellos, sino los compradores. Lo cargan sobre los productos extranjeros y también sobre los nacionales: lo que para los consumidores es un gravamen, para ellos es motivo de mayor ganancia.

Lo raro es que los demás no lo lamentemos. No se explica sino por la costumbre, porque hace ya tiempo que sobrelevamos ese mayor costo y apenas lo advertimos. Nos sucede con los cambios lo que con los consumos. ¿Se aumentan los derechos? El mercader se los cobra aumentando el precio de sus artículos de venta. Es al fin el comprador el que los satisface.

Nota el consumidor que se le aumenta el precio de los comestibles, y a todo lo atribuye menos a la codicia de los vendedores. Si quisiera se extraña de que a sus quejas conteste el comerciante que se han subido los derechos de consumo; encuentra casi natural que se los imponga. Se los impone siempre con exceso. Le sirve también al vendedor la subida de los derechos para mayor ganancia.

¿Bajan los cambios ó los derechos de consumo? El comerciante no se apresura a bajar el precio de sus artículos: lo mantiene alto mientras puede. ¿Se queja el pobre? Al pobre le contesta que ¿cómo ha de repartir en las cantidades mínimas que le compra de comestibles la reducción hecha por el Fisco? Le hace sentir el alza, no la rebaja.

El que menos tiene y más trabaja, ese es el que principalmente lleva sobre sus hombros las cargas del Estado. Los demás las van declinando en sus inferiores: él no tiene inferiores en que declinarlas. Dispone de un jornal misero, y éste lo cobra sólo si trabaja. Si no trabaja por estar enfermo ó por no encontrar quien lo alquile, ó ha de padecer hambre ó recurrir al crédito, agravando para los días venideros su situación precaria.

Vosotros los que nos leéis, si sois honrados, figuráis en la clase media, y carecéis de rentas, no ignoráis de seguro lo difícil que es para vosotros la existencia con disponer de más medios que los trabajadores. Juzgad por vosotros las privaciones, las fatigas y los días de llanto de los jornaleros.

Se impone una revolución social: la pide a gritos la justicia.

(La Lucha, de Vigo)

## LOS OLÍAS

La Concentración democrática se va a la monarquía, si la admiten, que pudiera ser que no, unida a los horteras, como he venido anunciando hace tiempo.

Quedan fuera de esa combinación Sol y Ortega, Pérez Costales, Calixto Rodríguez, Baselga, Duvalde, Marcos Calleja, los que valen, en suma; y no creo que la monarquía

se vista de gala porque vayan a reforzarla los Olías, los Ginard de la Rosa y hasta los Llanos y Persi.

La única que padece aquí es la memoria de Castelar. ¿Quedar por representantes de su política, (la de ayudar a la monarquía por todos los medios, directos ó indirectos), esa pléyade de eminencias, esos probados estadísticos, esos eximios oradores! Si por las personas que los siguieron en vida ó los representan en muerte, se midiese el valer y la altura de los hombres, ¡pobre juicio formaría la historia de Castelar!

Lo peor es que aquí no cabe exclamar: «una decepción más». ¿Quién, al ver las manos en que había caído el panderero, no hubiese asegurado, como yo, que se trataba sencillamente de acercarse a las puertas de la monarquía a pedirle con voz lastimera un centimito para ayuda de un panecillo?

En Moscú han sido condenados recientemente varios comerciantes de los más ricos, por adulterar el té con otras plantas.

A uno de los principales, persona de las más ricas é influentes, le han condenado a la pérdida de sus derechos civiles y al destierro en Siberia para toda la vida.

A otro negociante que también incurrió en el mismo delito, aunque en menor escala, le han sentenciado a dos meses de prisión.

La mayor parte del té que vendían estos individuos estaba adulterado con 50 por 100 de káporiki, especie de arbusto cuyas hojas, según el testimonio de eminencias médicas, es muy nocivo para la salud.

Problema.

Si aquí se hiciera eso con todos los regeneradores que venden artículos de comer y beber adulterados, ¿cuántos quedarían en libertad?

Y si se ampliase la medida a todos los que roban en la idem ó en el peso, ¿cuántos comercios ó tiendas permanecerían abiertos?

## El castigo de Sol

Ser discutido y atacado en una reunión de hombres de talla, nunca rebaja ni ofende.

Verse despreciado y agraviado por hombres de escasa valía, esto humilla al par que indigna.

Y esto le ha pasado a Sol y Ortega, según declaración propia, hecha en la primera sesión de la Asamblea del que soñó que fuera su partido a la muerte de Castelar.

Hay cierta lógica en lo que le ha ocurrido.

El atacó a los diputados republicanos en pleno Congreso, al defender las actas de los polaviejistas de Barcelona.

Y ahora lo tratan a él, no como a un sol con luz propia, sino como a un candelil moribundo, aquellos mismos a quienes pensó un día someter a su jefatura.

¡Pobre Sol! Si no endereza su política por otros derroteros, si persiste en su manía de formar un partidito, si no cede en su empeño de pasar por hábil, y si continúa profiriendo los vaticinios y encrucijadas al camino ancho y llano, mucho me temo ¡ay! que lo eclipse cualquier astro inferior, y no por un par de horas, sino para toda su vida.

El tiempo de los hábiles pasó, y estamos en el de los que luchan cara a cara, con lealtad y con nobleza.

No lo olvide, y si le es posible enmendarse, hágalo; que para él hará.

## CRÓNICA

Dios los cría y ellos se... uncen.

Unos cuantos ingleses, después de haber celebrado gastronómicamente no sé qué triunfo reciente de las armas británicas en el Transvaal, acabaron, llenos de santo entusiasmo patriótico, por unirse al coche del consúl de su país y tirar del vehículo como unas caballerías mayores, atravesando de esa guisa las calles de una ciudad española.

Esto ha servido para que se hagan muchos comentarios.

Hay quien ha exclamado: — ¡Hombre, unirse al coche de Fernando VII, que al fin y al cabo era un rey, como lo hicieron a principios de este siglo las gentes de cierto lugar de España... pase; pero al coche de un simple agente consular, que será acaso un cualquiera, una persona insignificante, y que lo hayan hecho ahora ciudadanos ingleses, es una atrocidad!

Si que lo es. Esto y aquello. Pero unos y otros, si bien se mira, ejercieron de caballerías espontáneas llevados de un mismo sentimiento. El rey aquél y el consúl éste encarnaban una idea que costará mucho trabajo desarraigar de la conciencia de los hombres mientras las nacionalidades, sus trayéndose por los egoísmos de raza y de intereses de las leyes a la Naturaleza, conserven las fronteras, no como lindes puestos al acaso entre los territorios por los fenómenos geológicos, sino como valladar inexpugnable que separe y divida lo que

dentro de la ley natural y de la solidaridad humana debiera constituir una sola familia.

Sé perfectamente que aquellos españoles que tiraron del coche del rey estaban ébrios de fanatismo, y supongo, con harta fundamentación, que estos ingleses lo estarían también a su vez de alcohol al engancharse al carruaje del consúl; pero la idea que a unos y a otros animaba era la misma: la de la patria. Idea grande, respetable, que la comprendo muy bien y que, lejos de censurar, aplaudo y veo con simpatía.

Admiro y envidio a los hombres que tienen medios y ocasión de realizar algo beneficioso para su país. Oreo que nada puede halagar tanto a un hombre de ideas y de corazón ni tenerle más satisfecho de sí mismo, que el convencimiento de que sus compatriotas le consideran como a un bienhechor, y la confianza de que después de su paso por la vida su nombre se perpetuará en la historia, unido al recuerdo de las prosperidades y grandezas de su país.

¿Quién podrá mirar esto con desprecio? ¿Quién, que tenga el cerebro constituido en forma que pueda elaborar ciertas ideas y una inteligencia que fluctúe un poco sobre el nivel común, dejará de sentir alguna vez la nostalgia de ese renombre y de esa gloria que se alcanzan por medio de las obras y hechos que dejan imperecedero el recuerdo de una personalidad en los anales de su patria?

Y si por lo que respecta sólo a ésta, que se circunscribe a un pueblo, a un territorio de los muchos en que, bajo el nombre de nacionalidades, está dividido el mundo, los hombres sienten tan profundos amores, tan grandes entusiasmos ¡qué intensidad, qué grandeza no podrían éstos tener si, elevando el espíritu y tendiendo la vista por encima de las cordilleras y a través de los mares, el hombre extendiera su amor y su entusiasmo por la patria que la Naturaleza hizo común para toda la humanidad? ¿Amaguaría esto los que se sienten hacia la parte de tierra que se considera como patria? No. Estos sentimientos, en la intensidad que pueden caber dentro del corazón humano, son incommensurables, nadie puede ponderarlos.

Podrá ser más íntimo, más recóndito el cariño que se tenga a aquello que nos rodea constantemente, a lo que vemos todos los días más de cerca; pero no por esto es menos intenso y firme el que nuestra naturaleza nos oblige a tener a todo lo demás.

Oreo, por el contrario, que no puede amar a su patria el que no siente amor hacia la humanidad; y que cuanto más intenso y profundo es el amor que se tiene a ésta, más asegurado está el de aquella. En el todo entran las partes; en lo pequeño no cabe lo grande.

Por esto, y como aun dentro de lo que tiene de misero y deleznable la condición del hombre cuando se embriaga de fanatismo, de falsas ideas ó de vino, cual lo hicieron los españoles y los ingleses que se unieron a los coches del rey y del consúl de marras, se manifiesta esa idea que, aun pareciendo inspirada por un sentimiento de amor patrio, lo es únicamente por una mala pasión de egoísmo que aminora y escurece el sentimiento más grande y elevado de amor a la humanidad, lo mismo que me avergüenza recordar a mis paisanos de antaño haciendo de mulos en el carruaje del rey que representaba el absolutismo y la tiranía que envilecieron a España, censuro a esos ingleses que han hecho de caballos en el coche del consúl para festejar un triunfo guerrero que significa un despojo más llevado a cabo contra el derecho y la razón humanas por la avaricia británica.

Con que los españoles amemos exclusivamente a España, los franceses a Francia, los ingleses a Inglaterra y por este orden todas las naciones, la humanidad no gana nada; los pueblos estarán constantemente divididos y destruidos por antagonismos feroces, el absurdo, la injusticia y la arbitrariedad en auge, y los hombres siempre dispuestos a ejercer de bestias de tiro en el carro triunfal de la tiranía.

JOSÉ CINTORA

Por si eran pocas las que había, en Jerez de la Frontera, se ha fundado una nueva institución religiosa: la *cofradía de Las Lágrimas*.

Como de mí dependiera, no habían de ser pocas las que derramaran los cofrades: por animales ó por hipócritas.

## La barca de los viejos

Anteayer a las tres de la madrugada salió del puerto de Valencia un bote tripulado por cuatro marineros que iban a pescar.

Eran éstos el Currano, de 66 años, el tío Tomás de Porquería, de 75, el tío Cop, de 77, y el tío Gálfi, que todavía no cuenta más que 84 primaveras. Total: que el bote, que es de unos veinte palmos, llevaba sobre sus costillas de madera 299 años, que suman sus cuatro tripulantes.

Agarradas al remo sus manos secas, huesudas y cubiertas por la cascpa de los años los cuatro esqueletos forrados de piel rojiza y tostada, bogaron siete millas, y en alta mar tendieron sus aparejos de pesca para ganarse el pan del día.

No habían salido por recreo. La miseria es grande en el puerto: los jóvenes apenas si tienen trabajo; los viejos hacen tiempo que carecen de esas migajas que siempre encuentran los veteranos



del mar en las épocas de gran embarque, y el *Curran*, *Porquería*, el *Cop*, y el *Galí*, con el mismo arranque de sus mucedades, se lanzaron al mar buscando el pan debajo del agua, cuando alguno de ellos lo que buscaba pronto por ley natural es el descanso debajo de la tierra.

Han pasado su vida en el mar, trepando por las arboladuras de los veleros mercantes, limpiando los cañones de los buques de guerra, yendo de Europa a América como quien pasa en la calle de una casa a otra, afrontando tempestades, subiendo a las cofas en Terranova por las cuerdas cubiertas de hielo agarrándose con las manos yertas por el frío, o aguantando en los masteleros la lluvia de fuego de sol tropical, con los ojos cegados por los resplandores de incendio, los oídos zumbantes y los pulmones estremeciéndose con la agonía de la asfixia. Para tener nosotros la cucharada de azúcar que endulza el café, el cigarro que fumamos con descuido a la hora de la digestión, o la tela que vestimos, *Galí*, y todos los de su clase, han pasado noches enteras entre el torrente de las nubes y los abismos del mar, sondeando ansiosos la obscuridad, sintiendo el aleteo de la muerte en cada empuje del vendaval, mientras tú, lector, ó yo, ó el vecino de enfrente, nos metíamos en la cama con el voluptuoso estremecimiento del que tiene techo y aprecia egoístamente el bienestar que le rodea comparándolo con los riesgos que afrontan los que van por el mundo.

Y tras setenta u ochenta años de hambre y peligros, de haber navegado por todos los mares, muchas veces a media ración, enriqueciendo armadores, comerciantes y capitanes, o sirviendo de escabel a los náuticos guerreros, el *Galí* y sus compañeros quedan arrinconados en un puerto como las algas ó las ovas que arroja el oleaje a la arena; son los andrajos del mar, los desechos de la lucha por la vida; y con los miembros temblorosos por el exceso de trabajo, la boca hundiéndose en dientes, la espalda encorvada por el peso de la miseria, tienen que emprender de nuevo la batalla por el estómago; pero esta vez a la vista de tierra, de esa tierra que tarda en reclamarlos para prolongar así su tormento.

Salieron anteayer a pescar, y los peces pequeños—excelentes y bondadosos animales—dominados por tierra comensuración, se dejaron coger por los cuatro vejedores.

En todo un día de trabajo mataron ocho libras de pesca menuda que valen unos once reales. ¡A menos de setenta y cinco céntimos por cabeza!

Esa barca con sus cuatro ancianos que se lanzan al mar impulsados por el hambre, debía deslizarse sobre las olas como un ataud. Víctor Hugo la hubiese dedicado una elegía. No era la barca de los corsarios de *La leyenda de los siglos*, vagando por el Mediterráneo y dejando tras sí como ruidosa estela una historia de sorprendentes aventuras; no era la barca de don Juan cantada por Byron con sus guirnaldas de rosas los instrumentos de cuerdas de oro, las desbordantes botellas, y al aire las rosadas desnudeces de las hermosas que muestran sus pechos, redondos, firmes y marfileños como copas de placer: es la barca del trabajo olvidado y moribundo, de la miseria que se extingue resignada y sin una queja.

Mil veces habréis visto en cuadros y en novelas la ancianidad del marino. El viejo erguido, fuerte y virilmente hermoso, con sus blancas patillas, su traje limpio y la pipa en la desdentada boca, sentado entre sus nietos, contempla el mar con la nostalgia de los pasados viajes. Hermoso espectáculo, sencillo y conmovedor. ¡Lástima que sea mentira!... No creáis en estas ficciones de artistas. La manía de encontrar la belleza en todas partes nos hace ser embusteros muchas veces.

El hombre de mar es el mendigo de las olas y acaba como esos cuatro vejedores que el otro día remaron siete millas con sus doscientos noventa y nueve años, para ganar once reales.

Sentaron plaza en el ejército de la miseria, del pan duro, del trabajo á todas horas, de día y de noche, bajo la lluvia y bajo el sol, y presos en sus andrajos de paria, no dan un solo paso fuera de la fila, esperando como única salvación que pase lista la Muerte para gritar: ¡presente!

BLASCO IBÁÑEZ

Habla un periódico de la Coruña de un ministro de Dios bonachón y granesito, que decía á sus oyentes:

«Dios bien sabe lo que se hace. Nosotros queremos siempre llevar la contraria, porque el demonio está á caballo en nuestras almas.»

Yo soy hijo de *matachín*, á mucha honra, y abono mis argumentos.

Vuestros llamais *cochino* al cerdo. ¡Qué barbaridad! Más cochinos sois vosotros que ese infeliz animal que os da la *cacheira*, el *lonbello*, la *morcilla*, el *rico riñón*, el *bandullo*, los *jamonés*, *lacones*, y ¡ah hijos míos! esos ricos chorizos que se van d'o mundo... 365 chorizos hice yo el año pasado de un solo macho.

Demos, pues, gracias á Dios por todos sus bienes y no motejemos á nadie con las palabras *cochino* u otras equivalentes.»

Me complazco en reconocer que ese ministro del Señor está en su terreno al elogiar á los cerdos y procurar por su buen nombre y fama; ¡acaso no vive él de sus feligreses, y no fue siempre cualidad noble el agradecimiento!

## BUENOS CONSEJOS

Hoja repartida en Jerez entre los trabajadores de varias casas de exportación, los gañanes del cortijo de Prune y los chicos que asisten á las escuelas de los flaminios. Trae el indispensable A. M. D. G., un busto con un corazón pegado á la nuez, y los siguientes piadosos consejos:

«En los sagrados templos estaremos con gran modestia y respeto, y las mujeres irán á ellos siempre con mantilla ó pañuelo y nunca entrarán en la casa del Señor con velo ni con sombrero.»

Tratándose de mujeres del pueblo, está muy en su punto la advertencia. Como que les ha dado ahora por ir á todas partes con sombrero y velo; y gracias á que sus esposos tienen un buen jornal (21 cuartos diarios), no se carece en sus casas de lo indispensable para la vida.

A éste siguen otros párrafos, aconsejando el rezo por la mañana, al medio día, por la tarde, por la noche, cuando toque el *Angelus*, cuando toquen áni-

mas, cuando se salga, cuando se entre, cuando se viaje, en la fonda cuando se coma, cuando no se tenga de qué, y entre horas...

No se me alcanza cómo podrán trabajar y hacer todo eso, á menos que los ángeles del cielo vengan á hacer su faena, cual en los tiempos de San Isidro. Pero, fin, este es un detalle insignificante. Lo de la fonda es un buen recuerdo, ya que los trabajadores almuerzan y comen á diario en ella, gastándose sin reparo todos sus ahorros.

«Cuando alguno de nuestros parientes ó amigos falleciere, procuraremos impedir que lleve coronas ni ninguna cosa profana que esté prohibida por la Iglesia, y si no podemos impedirlo, protestaremos públicamente en los periódicos católicos de la localidad, y si tenemos autoridad en el domicilio del difunto, no lo consentiremos de ningún modo.»

En esto de las coronas tienen mucha razón los jesuitas. De algún tiempo acá, los trabajadores que mueren han dado en destinar grandes sumas á cubrir sus cadáveres con coronas, y hay que tronar contra ese arranque de soberbia. Dedicar cada uno de ellos, como dedican, quince ó veinte mil reales á satisfacer esa vanidad ridícula, me parece demasiado. La razón, á quien la tenga.

«Siempre que pase junto á nosotros por la calle un sacerdote ó religioso, aunque no sea conocido, le saludaremos descubriéndonos.»

Esto me parece poco: hay que inspirar al pueblo ideas de noble altivez; así, lo que conviene es obligarle á que se arrodille en cuanto vea á cualquiera de esos señores. Sin coartar la viril iniciativa de los que quieran ponerse á cuatro patas.

«Prometemos no comprar en día de fiesta, que son los días consagrados por nuestro Señor al descanso, ni hacer trabajar en esos santos días.»

También esto es muy justo, por más que todos los trabajadores se abstengan ya de comprar nada en tales días, bajo el frívolo pretexto ¡hipócritas! de que no les quedaba para el domingo ni un ochavo siquiera de lo que cobraban el sábado.

«Pondremos una placa del Sagrado Corazón de Jesús ó una insignia de cristiano en las puertas de nuestras casas.»

De esta manera acreditarán los jornaleros su fe, y, sobre todo, contribuirán á la prosperidad de la Compañía de Jesús.

«Y por último, prometemos al Divino Corazón de Jesús no suscribirnos ni comprar ningún periódico liberal.»

Todo lo aconsejado anteriormente se encamina al bienestar y encumbramiento del jornalero, pero esto último más que nada. No suscribiéndose á ningún periódico liberal, se verá libre de caer en la tentación de instruirse, de pensar, de emanciparse, y continuará en el estado de santo embrutecimiento que hasta hoy, trabajando para no comer, engendrando hijos para la explotación y para la guerra, é hijas para la servidumbre ó el vicio; siendo, en fin, más que ser racional, un burro en condiciones de tornarse lobo, si se lo ordenan los que hoy lo explotan y envilecen.

De todo lo cual se deduce, que la Concentración republicana sabe lo que se hace al pedir el aumento de parroquias y de curas en cada una, así como la conservación de frailes, monjas y hermanas de la caridad. Así el trabajador continuará tan desgraciado y degradado como hasta aquí, en provecho exclusivo de nuestra Santa Madre Iglesia.

Los sermones pronunciados en Huete con motivo del novenario de Jesús por el coadjutor Nicomedes García y el párroco de San de Río, Marcos Asensio, más que pláticas religiosas fueron discursos de club; los oyentes salieron escandalizados.

«Por qué? Da pruebas de imbecilidad todo católico que vaya en los tiempos actuales á la iglesia, esperando en oír lo que ellos llaman la palabra de Dios.»

Hoy no se escucha en los templos más que predicaciones facciosas, ataques á la libertad y propaganda carlista. Sin perjuicio de interrumpir períodos que podrían colorado á un cabo furriel que antes de ir al servicio hubiera sido sacristán.

## La cabeza del mendigo

La lucha era encarnizada. De un lado y otro no cesaba el fuego; los combatientes avanzaban sin temor á la boca de los cañones con que ambos tenían cubierta la línea.

A las pocas horas el combate se generalizó de tal modo, que puede decirse que se batían cuerpo á cuerpo.

En medio de la pelea, dos figuras se encontraron cara á cara; las dos sujetaban con fuerza entre sus manos la bandera patria, y á las dos asaltó la misma idea: apoderarse de la bandera contraria.

No tan fácil cae la insignia sagrada de un regimiento, por cuyo honor y defensa lucha un puñado de hombres.

Una lluvia de sablazos, gritos, interjecciones, sangre que manchó el suelo, todo sucedió en un segundo.

Al final de la batalla, cuando vencidos y vencedores abandonaron el terreno, los unos huyendo y los otros como perseguidores, quedaron en el suelo unos pedazos de paños rojos y blancos, restos de las banderas disputadas hasta la muerte por sus poseedores.

Una hora después, un pobre mendigo, desnudos los pies y la cabeza al aire, apoyado en un garrote, se sentaba en un ribazo del terreno para dar descanso al cuerpo extenuado por el hambre.

Tendió la vista en derredor, y se halló dueño del botín de guerra.

A unos dos metros, una mochila acribillada de balazos dejaba ver los restos de un pan.

Se fué á ella, y en el fondo encontró también una petaca con tabaco y papel de fumar.

Sació el apetito, fumó, y ya de retirada, el viento fresco de la tarde que moría para dejar paso á las sombras, llevó á su cuerpo ramaladas de frío.

A poca distancia de la mochila había unos trapos blancos y rojos.

Cogió los dos pedazos, los anudó, y sirviéndose de ellos como de pañuelo, cubrió su cabeza, y apoyado en el garrote siguió su triste peregrinación.

Oubierto de andrajos, próximo á la muerte, el último rayo de la luz del día se reflejaba en su cabeza.

¡El desgraciado no comprendía [que se abrigaba con el ideal de dos naciones!

ANTONIO PASO

## EL SOCIALISMO CATÓLICO

Catolicismo y socialismo son dos términos que á primera vista parecen estar en continua pugna, y, sin embargo, á fuerza de distinguos y sutilezas han llegado á presentarse en amable consorcio ante la sociedad.

Lejos de mí ánimo suponer que todos los socialistas sean católicos, ni todos los católicos sean socialistas, por más que, al parecer, los católicos hayan recibido la consigna de alentar y favorecer las aspiraciones socialistas del pueblo laborioso, del pueblo afanoso de emancipación, con el fin de pescar en río revuelto.

En Alemania hay un partido católico-socialista poderoso; en Francia, sin tener la importancia que tiene en Alemania, el partido socialista-católico se mueve con actividad, con el objeto de destruir la República y restablecer el despotismo absolutista.

No hay que darle vueltas: el partido llamado católico transigirá con todas las ideas, menos con la libertad.

La libertad que enaltece al hombre, que lo dignifica, que le induce á emanciparse de todas las tiranías, de todas las preocupaciones, de la sumisión muda y de la obediencia ciega, la libertad humana será siempre combatida encarnizadamente por el partido católico, que espera dominar el mundo, aunque para conseguirlo tenga que sumir en el oprobio y la ignorancia...

Sorprende seriamente ver la manera como se esfuerzan en demostrar que la Iglesia ha sido siempre socialista. Volviendo la vista hacia la Iglesia antigua, la de los anacoretas y la de los predicadores, rescaten textos que pueden competir con los absurdos del más desenfrenado enemigo del orden social.

Así, dicen ellos con no sé qué santidad: «El rico es un ladrón.» Y añaden citando el Evangelio: «Menos fácil le será á un rico entrar en el reino de los cielos, que á un camello pasar por el ojo de una aguja.» Y tomando pie de estas y otras doctrinas, exclaman con acento doctoral: «Ya véis, pues, si somos protectores del pobre trabajador. Conque venid á nosotros, obreros.» Y abren los brazos para recibirlos y en ellos ahogarlos.

Pero la verdad es que, en España, los expertos obreros no gustan del olor del incenso; los honrados hijos del trabajo sienten repugnancia por los católicos, por esos políticos que han perturbado y ensangrentado á la desgraciada España.

Desengáñense los católicos; han pasado sus tiempos y el verdadero pueblo productor no puede estar con ellos. Precisamente los textos y sentencias de los Padres de aquella Iglesia primitiva, tan desinteresada y tan austera, no tienen ni remotamente ahora aplicación posible, dadas las inclinaciones materialistas y epicéreas de los que hoy cultivan la religión, como cultivaban un campo cualquiera con el exclusivo fin de sacar el fruto para su provecho y regalo.

La Iglesia antigua abominaba de los ricos; la Iglesia moderna procura salvar las distancias y sacar de ellos todo lo posible. Los sacerdotes de la Iglesia antigua eran toda humildad y mansedumbre, hulan de las comodidades de la vida como de una mala tentación, andaban por la tierra descalzos, la vista siempre puesta en el cielo, y si alguna vez fijaban los ojos en la tierra, era sólo para maldecir y condenar las iniquidades que en ella se cometían... ¡Son así los católicos militantes de nuestros tiempos!

La Iglesia de hoy aienta como nadie la diferencia de clases. Desde el momento que tiene establecidas tarifas por todos los servicios que presta, imita y emula á las empresas mercantiles dedicadas al negocio.

«Por qué, si no, entierra á los pobres por el amor de Dios, mientras dedica á los ricos suntuosos y solemnes funerales, con músicas y cantos, repiqueteo de campanas, tómulos y paños de luto, grandes luminarias y toda clase de ostentaciones mundanas? ¡Acaso, después de la muerte, la naturaleza no nos hace á todos iguales? ¡Ah! Es que los ricos pueden pagarlo y los pobres no.

De la conducta que los católicos observan, resulta que el hombre más virtuoso, si es pobre, se le lleva al cementerio poco menos que solo y abandonado, en tanto que el hombre más depravado, si es rico, es conducido á la última morada acompañado de todo el clero, que viste sus mejores galas y canta sus oraciones más fervorosas.

Y así sucede en todos los actos, desde que el hombre nace hasta que muere: en los bautizos, en los casamientos, en los funerales, siempre la odiosa diferencia de clases; siempre el dinero orgulloso, siempre repitiendo aquello de: «¡Da qué precio la ceremonia!»

Y son los que así proceden, los que intentan pasar por los redentores de las clases desvalidas. Dentro de su vida orgánica, ¿qué modelo ofrecen de organización social, que pueda agradar y servir de ejemplo al pueblo trabajador?

No hay un cuerpo más apagado que la Iglesia á las gerarquías y preeminencias. Dentro de la Iglesia existen los altos dignatarios, los poderosos prebendados y la masa desheredada; por un lado

los burgueses que monopolizan los mejores destinos; por otra parte los infelices curas de misa y olla que apenas pueden vivir, si no se separan de su misión cristiana.

¡Vaya una autoridad que pueden tener para arreglar las diferencias sociales, cuando no han sabido arreglar las propias!

Todos estos abrumadores argumentos saltarán siempre á la cara de esos engañosos redentores de las clases trabajadoras. Si quieren adquirir prosélitos, empiencen predicando con el ejemplo.

N. BAS Y SOCIAS

## Verdades incontrovertibles

La funesta obra de la restauración, dice en un notable artículo el señor Salmerón y García, que simbolizaron tres hombres cuyo influjo trascendía desde la esfera política á todo el orden social, se ha consumado con el vergonzoso y merecido desastre nacional, que ha sido como el cumplimiento de un destino torpemente preparado. Cánovas representó la resistencia á toda iniciativa de progreso y de adelanto, la dictadura de la terquedad y de la soberbia, el poder convertido en instrumento de reacción y de servidumbre; Sagasta, la intransigencia acomodaticia, la inmoralidad del capricho, el desarrollo y extensión de todos los gérmenes de disolución social latentes en las entrañas del país; Castelar, la democracia sentimental, la opinión burguesa, el liberalismo abstracto, infecundo, sin contenido positivo ni amplitud de horizontes. Con la acción de estos tres hombres, venían á pintarse la hegemonía intelectual ejercida por el Ateneo; la falta de aspiraciones é ideales en la masa neutra; la fuerza burguesa, indiferente y corrompida, que tenía su representación en el Círculo de la Unión Mercantil; la estrechez de miras de una prensa infame y codiciosa que halagaba los bajos instintos y los gustos soeces de la plebe; la frivolidad y flojez de una literatura que oscilaba entre los lirismos empalagosos y los chistes frívolos; y todo ello mantenía la ignorancia abajo, era ayuda para la inmoralidad y la corrupción, protegía el caoquismo, deshonraba el sufragio y la democracia, encumbraba nulidades, degradaba la educación y la enseñanza, envilecía las costumbres, mataba el ideal y agotaba la virilidad y la fuerza de un pueblo que corría á su ruina con indiferencia musulmana.

Bien pensado y bien dicho. Por esto lo reproduzco.

Pero hay algo más triste que ese cuadro tan bien pintado, y es, el que habiendo ya muerto Cánovas y Castelar y encontrándose Sagasta en espantosa decadencia física (de la moral no hablo, porque de ésta nada tuvo jamás noticias), todo continúa lo mismo.

Pues esto prueba que su obra de destrucción fué tan completa, que no se ha salvado siquiera un hombre que conserve los necesarios alientos y tenga el suficiente prestigio para decirle al cadáver: «Levántate y anda.»

Sí, esto es lo más triste.

## Abajo el liberalismo

Los periódicos clericales hacen propaganda incesante de estas preguntas y respuestas del *catecismo católico* del Padre Arcos:

«P.—¿Conque no hay grado de liberalismo que sea bueno?

R.—No lo hay; porque el liberalismo es pecado mortal, y esencialmente anticristiano; sólo que algunos llaman liberalismo á lo que no lo es.

«P.—¿Está ligado el liberalismo á alguna forma de gobierno?

R.—No; que una monarquía puede ser liberal, y católica una república, según los principios en que se apoye una ó otra.

«P.—¿Cuáles son los principios liberales?

R.—Los de 1789, que brotan de no hacer caso de lo que manda Dios y su Iglesia en el gobierno de los pueblos.

«P.—¿Decid algunos.

R.—Lo que llaman soberanía nacional, libertad de cultos, imprenta y enseñanza, moral universal, otros así.

«P.—¿Qué consecuencias salen de ahí?

R.—Escuelas laicas, periódicos impíos y deshonrados, matrimonio civil, templos heréticos en países católicos, abolición de inmunidades eclesiásticas, usura sin tasa, infracción impune de las fiestas, etc.

«P.—¿Qué dice la Iglesia de todo eso?

R.—Que son cosas funestísimas y anticristianas.

«P.—¿Qué más?

R.—Que nunca pueden abrazarse como buenas, y si sólo tolerarse, cuando y en cuanto no pueden impedirse sin mayor mal.

«P.—¿A quién toca resolver si entre católicos exigen las circunstancias que se tolere alguno ó algunos de tamaños males?

R.—Al Papa y los obispos, padres de las almas y jueces de la religión y la moral, cosas todas que en tal asunto se interesan.

«P.—¿A qué se comparan las relaciones que deben mediar entre la Iglesia y el Estado?

R.—A las que debe haber entre el alma y el cuerpo humano; de modo que lo material no dañe en lo posible á lo espiritual, antes le esté subordinado.

«P.—¿Qué conducta hemos de observar los católicos bajo un gobierno hostil á la Iglesia?

R.—Si está en tranquila posesión, sufrirlo con paciencia, acudir á la oración y trabajar todos unidos, bajo la dirección de los obispos, para el triunfo de la verdad, de la justicia y de la Iglesia.

«P.—¿Es hostil á la Iglesia todo gobierno liberal?

R.—Evidentemente; pues quien no está con Cristo está contra Cristo.

«P.—¿Cómo pecan los que ayudan, con su voto ó influjo, al triunfo de un candidato hostil á la Iglesia?

R.—Mortalmente, por lo general; y son cómo

plices en las leyes infucas y contrarias á la Iglesia, votadas por su protegido.

«P.—¿Conque la Iglesia puede meterse en política?

R.—La Iglesia puede y debe meterse en política, cuando ésta se roza con la fe, moral, costumbres, justicia y salvación de las almas; pero en asuntos meramente temporales, deja á cada cual seguir la que mejor estime.

«P.—¿Cuál es la misión de la Iglesia respecto á las naciones?

R.—La de una buena madre.

«P.—¿Aclarado un poco más.

R.—Jesu-Cristo mandó á los prelados de la Iglesia que enseñen la religión y la moral, que todos, legisladores y súbditos, deben practicar, y que castiguen á los católicos rebeldes.

«P.—¿Basta practicarlas en la vida privada?

R.—No; porque la religión obliga también á la sociedad, de quien Dios es el Señor Supremo; y la moral se extiende á todas las acciones humanas; y los que gobiernan lo han de hacer según los mandamientos.

«P.—Entonces, ¿peca quien es liberal en política?

R.—Ciertamente; porque en la política liberal consiste el liberalismo que la Iglesia condena.

«P.—¿Y si entiende por liberal una cosa que el Papa no condena?

R.—Peca en llamarse liberal, sabiendo que el Papa condena el liberalismo.

«P.—Explicádmelo con un símil.

R.—Sería como si yo me llamase mahometano, porque me gustaba el turbante; ó evangélico, porque creo en el Santo Evangelio.

«P.—¿De modo que el católico ha de ser antiliberal?

R.—No hay duda; como ha de ser antiprotetante ó antimasón; en suma, debe estar contra todos los contrarios de Cristo y de su Iglesia.

«P.—¿Contra qué mandamiento es el liberalismo?

R.—Directamente contra el 1.º y contra el 4.º, ó mejor dicho, contra todos, porque autoriza ó fomenta la infracción de todos. Los católicos sean liberales en la antigua acepción de esa palabra, á saber: generosos en dar de lo suyo á la Iglesia y á los pobres.

«P.—¿Decid y donde el liberalismo, ó sea el libertinaje oficial impera, es lícito tener, leer, frecuentar ó fomentar libros, periódicos, escuelas, espectáculos, modas, bailes, por más que sean malos, con tal que el Estado los autorice?

R.—No tal; porque Jesu-Cristo dice que «los inicuos se condenarán»; y que «no imitemos á los mundanos»; y que «el amigo del mundo es enemigo de Dios».

«P.—¿Son esos los medios de corrupción que usa la secta?

R.—Esos mismos.

«P.—¿De dónde esa tema de corromper á los católicos?

R.—Porque de católicos viciosos es fácil hacer sectarios.»

Pues bien; esta propaganda brutal, ilegal, sanguinaria, la vienen consintiendo los gobiernos de la restauración, á pesar de titularse liberales.

Y, en cambio, cuando algún periódico censura los actos de la gentería clerical ó discute cualquiera de los infinitos absurdos que predica para embaucar y explotar á esta nación desventurada, denuncia al cato.

¿A quién se sirve de esta manera? A don Carlos, representante genuino de esa política bestial. Podrá no tener derecho legal para ocupar el trono de España; ¡pero qué le contestaríamos, si fundara en adelante su derecho en el triunfo que han alcanzado sus ideas?

Ni ahorrándolos veinte veces pagarían los restauradores el crimen que han cometido entronizando moralmente á don Carlos, y llegando en muchos puntos á donde no hubiera llegado él; con seguridad.

¡Ah, se me olvidaba! Recomendando á aquellos de mis correligionarios que tienen sus hijos en los colegios clericales, que averigüen si aprenden ó no la doctrina por el catecismo ese del Padre Arcos; y si resultare que no, impónganselo á los profesores.

Así tendré al menos la esperanza de que un día esos niños abolesteen á sus padres... por liberales.

Dos niños han sido despedidos de la Escuela Pública en La Línea, porque no podían continuar pagando los diez céntimos diarios que á todos los discípulos se les cobra.

¿Escuela municipal, y cobrarles á los niños tres pesetas mensuales? Ese maestro ha errado la vocación; debió haber sido fraile.

Pero, y el alcalde, ¿cómo consiente esa estafa? A menos que no se llame á la parte, no lo entiendo.

Aun cuando no, no debe ser por eso; más bien será por dificultar la ida de los niños á la escuela; así serán unos brutos, y servirán mejor mañana para alcaldes.

Hay que pensar en el porvenir.

## Carta y respuesta

Vitoria, Mayo de 1900.

Señor don José Nakens.

Muy señor mío y estimado correligionario: Siento muchísimo tener que manifestarle á usted que ha llegado el día en que no puedo continuar vendiendo los periódicos. Como ya no me dedicaba mas que á esto, he llegado hasta el último extremo agotando lo que tenía. Si he resistido tanto tiempo, ha sido porque podía hacer lo que hoy no puedo si no encuentro otra ocupación.

Le he escrito á usted tres ó cuatro veces diciéndole que me mandase la cuenta, que no podía precisar cuánto era por haberse extraviado la nota, y al no contestarme ha dado lugar usted á esto, lo que siento muchísimo.

El corresponsal de periódicos reaccionarios me propuso si quería vender sus periódicos, que se venden bastante (como es cierto); y como mi modo de pensar me lo prohibía, le dije que no; y por esto me he quedado sin nada; quitándoles á mis cuatro hijos el pan, excepto el nido en que vivo; que si no hubiera sido por eso, no hubiera encontrado albergue en ésta, como así le pasó á otro corresponsal que tuvo que marcharse á Avila.

Al director de un periódico le indiqué que viesse si podía entre todos los compañeros de prensa ponerme un sueldo con relación á lo que se vende de cada uno, y me contestó que él no podía.

Pues en ciertas provincias, ésta una de



para que le vaya mandando poco a poco lo que pueda.

Si deja de mandar el periódico le enviaré una carta con los que quieran suscribirse a él, aunque hay algunos que no quieren que se sepa que lo toman.

Sin otro particular se ofrece de usted atento su afectísimo y s. s. q. b. s. m.

TONGUATO OLIVER

Amigo Oliver: Casi a diario recibo cartas parecidas a la de usted, de diferentes puntos de España. Esto le probará que no es sólo en Vitoria donde la reacción domina.

De lo demás no hablemos. Si algún día mejora usted de fortuna por encontrarse una cartera llena de billetes de Banco, (que debe guardarse sin escrúpulos porque seguramente pertenecerá a un neo) me paga ese piquillo; si no, en paz y jugando; lo mismo de lo anterior, que de los números sucesivos. Porque ya habrá usted visto que no he dejado de enviarle EL MOTIN.

La cosa para nosotros, los que luchamos contra los clericales, se va poniendo peor cada día; al comprador que no lo compran del todo, lo compran a medias; le toleran que siga llevando los periódicos anticlericales para que otro más decente que él no los pida, pero encargándole que lleve pocos números. Pílos los unos y vividores los otros. Por esto quiero tanto a los que permanecen dignos y honrados, que no son muchos ya.

Si no fuese porque tengo interés en que EL MOTIN llegue en una forma u otra a determinadas localidades, habría suprimido ya la venta, sirviendo sólo la suscripción. Lo malo es que hay en todas partes muchos lectores como esos de que usted me habla, que no se atreven a suscribirse directamente, por temor a que los clericales se enteren. ¡Pobrecillos! Me dan lástima por lo cobardes. Sin que tampoco deje de disculparlos; el que no puede vivir con independencia, tiene que amoldarse a las ideas de los que les dan de comer, directa o indirectamente.

Olaro que esto no va con los que, en condiciones para ser independientes, creyéndose hombres en el alto sentido de la palabra, alardeando de indiferentes en religión cuando no de descreídos, andan también con tapujos para leer EL MOTIN, no sea que el confesor de su señora se entere, o el Luis que adora a su hija mientras cree que le aportará buen dote, se lo cuente al jesuita que lo protege y lo mira.

Para estos hipócritas y sinvergüenzas no hay disculpa de ninguna clase y contra ellos únicamente trueno siempre que hablo de estas cosas.

Quedamos, pues, en que me pagará usted EL MOTIN, si puede, *é si non, non*.

Los de Bayena, Gondomar y otros puntos de Galicia suben al púlpito y con caridad evangélica aconsejan que no se admita en las posadas a los obreros asociados, porque son hijos de Satanás. Si los curas aludidos creen que los obreros son hijos de él, ¿por qué en vez de predicar que se les niegue albergue, no los alojan en sus casas y los obsequian y los miman? Así darían una prueba de agradecidos con su bienhechor y dispensero. ¿Pues quién, sino Satanás, llena la olla de frailes y curas? Suprimanlo y tendrán casi todos que agarrarse al azadón y a la mancuerna, por no servir para otra cosa.

## Todo para ellos

La Academia de la Historia tenía el encargo de otorgar un premio de 1.000 pesetas al autor del hecho de mayor abnegación.

Y se presentaron: Una mujer, esposa de un peón albañil, que teniendo cuatro hijos recogió, cuidó y alimentó un huérfano de tres años, tratándole con igual cariño que a sus hijos.

Y un canónigo de Granada, alegando haber hecho desembolsos pecuniarios para fundar un asilo de niños, donde los educa con más o menos suavidad de costumbres.

Y la Academia de la Historia otorgó el premio al opulento canónigo, dejando sumida en la miseria a la madre infeliz y compasiva.

Si hubiese obrado de otra manera, menudo varapalo daría yo ahora a la Academia de la Historia por haberse apartado de lo corriente en estos santos tiempos.

¿O se quería que prefiriese a una mujer pobre que salva la vida a un niño ajeno mermando el alimento de los propios, en frente de un canónigo rico que además cobra un sueldo del Estado?

A no ser que la Academia lo haya hecho, por aprovechar la ocasión, rarísima, de que una persona de Iglesia realice un acto caritativo, (si es que la fundación esa merece calificativo tal.)

Pero ahora se me ocurre otra cosa. Suponiendo que realmente ese canónigo de Granada haya hecho desembolsos pecuniarios, ¿cómo se ha atrevido a reclamar premio por ello? ¿No es su deber amparar a los desvalidos? ¿Dónde aprendió que la caridad se pone a réditos?

Si los señores que acordaron premiar a ese canónigo hubieran tenido el suficiente entendimiento para comprender esto que digo, de seguro que preferían a aquella buena mujer.

Pero la gente arrimada a la Iglesia, sueña ser al mismo tiempo muy arrimada... a la cola.

## UN CURA VALIENTE

¡Gracias a Luzbel que he encontrado un cura a quien aplaudir! Don Gervasio, párroco de la iglesia de la Compañía, en Santander.

Los jesuitas ofrecieron el domingo último la comunión a los obreros del Círculo Católico y a todos los hombres que quisieran cumplir con el precepto pascual; al reclamo acudieron bastantes.

Saberlo don Gervasio y ponerse como una furia, fué todo uno. Y como no es de los que reciben una bofetada en una mejilla y ponen la otra, el mismo día subió al púlpito y se desató contra los jesuitas.

Y los tachó de egoístas que quieren mangonearlo todo, añadiendo que su propósito es conquistar, en perjuicio del clero, parroquianos, la mayoría de los cuales acuden a la iglesia de los jesuitas seducidos por la tierna gallofa, la tacita de café y la cajetilla de pitillos.

Sintetizando: que en pocas palabras dijo que los jesuitas son unos farsantes y los obreros de la gallofa unos gorriones sin pizca de vergüenza.

Conforme en un todo con ese cura, al que ruego siga por tan santo camino, para enseñarle al clero lo que debe hacer frente al jesuitismo y la frailería, en vez de arrastrarse cobardemente a sus plantas, como hoy lo hace, o callarse ante sus intrusiones y desafueros.

## Inmoralidades

Desde que las Ordenes religiosas nos están edificando con el ejemplo de sus muchas virtudes, léanse a diario noticias como esta que copio de EL SINAPISMO de Sevilla:

«¿Qué vergüenza! Lo ha dicho un coleg y por nadie ha sido desmentida la noticia.

Sodoma ha estado durante unos días en una casa del barrio de Triana, sin que sobre ella cayera el fuego exterminador de la policía, que tanta obligación tiene de velar por la moral y buenas costumbres, como por la seguridad personal.

No nos extraña que para ella, para esa policía modelo de cualquier cosa menos de lo que debe ser la policía, pasasen inadvertidos hechos tan escandalosos como el denunciado por la prensa.

Al menos la guardia municipal se enteró ésta o la otra vez de donde existen maderos clandestinos. Pero los del Orden apenas si saben donde hay en Sevilla un Oscar Wilde.

Lo que no ignoran es dónde están otras casas; que no son ciertamente casas de reunión de sodomitas.

O como esta otra que publica la prensa de Barcelona hablando de un diputado provincial que tenía por costumbre vestirse de mujer:

«Todos los vecinos de la casa de la calle de Avino, en donde se disfrazaba, han tenido ocasión de ver las entradas y salidas de la supuesta dama, la cual va siempre lujosamente vestida. Los vestidos que usa son de costosa seda; también de seda y de colores vistosos son las enaguas que lleva, y luce gran variedad de sombreros de formas caprichosas. Asimismo tiene gran profusión de abanicos, guantes, boas, linos y otros adorno de mujeres. O tenta variadas y ricas joyas.

Para ocultarse el bigote, al parecer apela a igual procedimiento que los cómicos; y desean-do, sin duda, tener la mayor seguridad posible, sus velos, prenda que nunca deja de ponerse, están todos adornados con doble y espesa franja, una de las cuales siempre le cubre el labio superior.

Nuestro hombre debe disponer de un gran surtido de postizos de todas clases, pues cuando con el disfraz de dama sale a robar corazones por esas calles, dicese que sus aparentes formas son modelo de exuberante plasticidad.

Nunca ha dominado tan absolutamente en España el clericalismo.

Y nunca tampoco se han dado estos asquerosos ejemplos de prostitución y de degradación.

Luego, ó no sirve el clericalismo para evitarlos, ó endereza las costumbres hacia ellos.

A elegir, devotos y devotas.

Aun cuando sé que es perfectamente inútil hablar de estas cosas en estos tiempos, suplico al director de Penales que averigüe los abusos de todas clases que se cometen en el Penal de Santoña, y procure ponerles remedio. Si no por deber y por espíritu de justicia, por ir poco a poco reformando el régimen en las prisiones.

Estando destinadas en lo futuro a albergar a los grandes criminales, y perteneciendo éstos a las clases conservadoras, conviene ponerlas en condiciones de recibir dignamente a tan ilustres huéspedes.

## La Iglesia se nos come

Copiamos de LA LEY, periódico profesional.

«Ayer se comentaba mucho el eclipse de una importante fundación piadosa instituida en esta corte en virtud de testamento otorgado en Abril del año 1894 por una opulenta y filantrópica señora, cuya última voluntad no cumple el albacea, persona respetable y muy distinguida.

El señor ministro de la Gobernación debe estar enterado del asunto, y especialmente la sección de Beneficencia, donde no dudamos se han de reflejar las debidas energías y actividades para defender canales destinados al socorro de los pobres.

El ruidoso suceso de Plasencia, amén de otros análogos, y éste a que aludimos, tienen una historia muy curiosa que será objeto de sucesivos artículos en nuestra Revista, para conocimiento de ciertos funcionarios de alta y media categoría.»

El ayuntamiento de Huesca ha regalado al misionero Ramonet una preciosa pillita para agua bendita en una magnífica cruz con artísticas incrustaciones de plata sobredorada y colocada sobre marmol onís de gran pureza y muy bien trabajado.

Pueblo que nombra concejales a tipos que hacen eso, merece que sus habitantes tengan por sastres a los talabarteros.

En una circular repartida por los clericales que tratan con dinero ajeno de regalar una corona y un cetro a la Virgen de Begoña, se lee:

«Acudimos aun a los más pobres (puesto que nuestro propósito consiste en asociar el mayor número posible a esta suntuosa oferta) y les invitamos a contribuir hasta con la cantidad de cinco céntimos. No por eso rechazamos los óbolos de más consideración, ni los donativos en alhajas, antes bien, los pedimos y las esperamos.»

Ellos serán sablucistas, pero a la vez son francos. ¡A contribuir todo bicho viviente! Y queden por embusteros los que dicen que dentro del catolicismo no hay igualdad. Dejará de haberla para los dones y gracias espirituales, pero cuando se trata de soltar la mosca, todos somos hermanos en Cristo.

El ayuntamiento de Bilbao ha acordado contribuir a la ejecución de las obras de una iglesia con 5.000 pesetas anuales durante cinco ejercicios, proporcionando de paso los terrenos necesarios, terrenos que se necesitaban para establecer una casa de Socorro u otra dependencia municipal.

El regalo carece realmente de importancia, pues sólo asciende a 125.000 pesetas, tratándose de un municipio que se halla tan desahogado que no puede socorrer a un hombre que fué víctima en un servicio municipal.

Dicese que en el expediente instruido por el señor Aparicio a consecuencia del célebre folleto de Moynr, Algo huele a podrido, han declarado acerca de la Memoria del marqués de Ruchena, el obispo de Madrid, el dean y otros personajes diocesanos.

Los cuantiosísimos bienes de esa Memoria eran en sus nueve décimas partes para el Hospital provincial, y la otra décima para la diócesis; mas parece que nunca se cumplió el legado, y que, por caminos que ignoramos los míseros mortales, aun cuando los sospechemos, aparece hoy todo en manos de la mitra.

Y hay quien supone que por este incidente de la Memoria de Ruchena no se ha resuelto aún el expediente incoado contra la Diputación provincial, a pesar de haberse anunciado hace tiempo que unos veinte diputados provinciales iban a ser empapelados judicialmente.

¿Por qué los periódicos de gran circulación han hecho mutis por el foro? ¿Les ha suplicado alguien que callen?

Es de justicia que este asunto se aclare, para que vuelvan a los pobres las rentas que el marqués de Ruchena les dejó en su Memoria; y al efecto convendría que hablasen los señores Combarafu España, Pérez de Soto, García Marchante y otros que fueron ó son diputados provinciales.

Pues que el asunto es grave, lo prueba el figurar en el expediente sobre las irregularidades de la Diputación, y el haber tenido que declarar el obispo, el delegado de obras pías, y otros señores, casi a cencerros tapados.

Milagrito será que en esta ocasión, como en casi todas las que se ventilan intereses de personas piadosas, no salga mi respetable señora doña Justicia con la cabeza rota. Sardina que lleva el gato y bienes de que se apodera la Iglesia...

El cura de Santa María de Nogueira (Orense) fué a dar un sacramento a cierta casa, y de paso insultó a una persona que encontró allí.

Donde cae el burro se le dan los palos. ¿O se quería que, por tener a Cristo entre sus manos, desaprovechase la buena ocasión que la suerte le presentaba?

Hay personas que, por suponer que todo cura es un dechado de virtudes, pretenden que en todos los actos de su vida respondan a esa idea errónea que de ellos tiene.

Y esto, convénzanse esas personas, es tan absurdo como pedir peras al olmo.

El cura siempre es cura, dicho sea con perdón.

## TIROTEO

La Liquidadora.

Así se llamaba una sociedad de crédito dedicada a cazar noventa y nueve bribones y un cándido.

Bueno será dejar un cándido, por si alguna víctima lee estas líneas.

Ni a ustedes ni a mí nos inspira lástima alguna la víctima de un timo. Casi siempre (bueno es dejar un caso), se trata de un tonto que se mete a bribón por un momento y queda trasquilado para toda la siega.

Amén de ésta, hay otra consideración general que me impide sentir la fuga de los directores de LA LIQUIDADORA en compañía de millón y medio pesetas.

Y es la siguiente: los imponentes de ese Banco Automóvil cobraban ó estipulaban el cobro de un cristiano interés de 120 por 100.

Al llegar a este punto, a Max Regis y a mí se nos escapa el mismo grito: — ¡Mueran los judíos!

Prosigo. Por muy inocentes que sean las víctimas, deben saber muy bien que,

para obtener del dinero un interés de 120 por 100, hay que dedicarlo a la usura, al contrabando, a las casas de juego, a las de juegos de manos, ó a vender sain de niños para volverse jóvenes, como dicen por Levante.

Es decir; a desollar vivo al prójimo. Esto les tenía sin cuidado.

Se fuga el cajero y se echan a llorar. Pues a mí me hace reír.

Y si no creían esto; si eran bastante avisados para comprender que los intereses de uno salían del capital de otro y que se candelizaban unos a otros, peor que peor.

En tal caso, el director ha sido un imponente más; el más imponente de todos.

Aiádate a esto que esas cristianas personas que dejaban su capital en LA LIQUIDADORA al 120 por 100, tendrían amigos y parientes necesitados de ese socio capitalista, sin el cual no es posible emprender negocio alguno y que no existe en un país de usureros.

El estudio es en España un lujo, del cual pueden disfrutar solamente los ricos.

El rico estudia, si quiere, un poco de química, levanta una fábrica de jabón, compra hueso de oliva (que lo echan a los cerdos) y fabrica jabón bueno y barato. Y gana dinero.

El pobre estudia química y después se da con un ladrillo en las espinillas ó escribe una oda a don Trinitario Ruiz Capdepon, ó se ataca de pólvora las narices antes de fumar.

Todo menos ir a casa del tío rico a decirle: «Tío, pásame usted el río.»

«Sobre un buen tirar de la barra ó sobre una gentil treta de espada, no dan un cuartillo de vino en la taberna»; decía Sancho.

Así estaba España en tiempo de Cervantes y así está en tiempo de Sánchez de Toca.

Y la prueba de que no hay tales incautos, es que ni doña Baldomera ni los que han hecho lo mismo después que ella, han servido de escarmiento.

El robar es aquí un negocio de hueso dulce.

MAMERTO

## Cuadro de horrores

Mientras Inglaterra se gasta centenares de millones de duros para robar sus minas a los boers, he aquí cómo se encuentran sus súbditos de la India. Ocho millones de degradados se mueren de hambre, y 3.784.000 carecen de trabajo; y eso que al indio le basta para vivir un puñado de arroz por día. Con lo que se gasta en transportar y mantener un soldado en Africa, vivirían centenares de indios, y no digo nada con el importe de cada cañonazo de los que dispara para arrancar su independencia a las repúblicas sud-africanas.

En un artículo publicado en la Revue des Revues describe el príncipe Bojidar Raragevitch lo que ha presenciado en la India, y estremece su lectura. Estando en el jardín de su hotel en Cawnpore, vió a una mujer del pueblo que estrechaba contra su pecho a un recién nacido que lloraba desesperadamente, a la vez que rondaba alrededor de un caballo que terminaba su pleno de avena. Cuando el animal se cansó de comer, la desgraciada se echó furiosamente al pesebre a devorar los restos de grano. Y expuesta a que el caballo la aplastara y aplastara a su hijo, recibiendo en la cara y en el pecho las babas del animal, registraba con ansia, con hambre que no tenía nada de humano, los granos ya triturados, y los recogía del sucio belfo de su compañero de pesebre.

Relatando su primer encuentro con una caravana de hambrientos, arranca lágrimas. Dice:

«Acababa de visitar uno de esos palacios de la India, como sólo se ven en sueños, un palacio hecho con mármol blanco y rosa, que levantábase en medio de un bosque de rosales y jazmines, cuando al regresar al hotel cruzé en mi camino una caravana de seres inverosímiles, de negros esqueletos... Que visión aquella tan horrorosa! La piel del pecho, cruzada de llagas, descubriendo los huesos; la membrana del vientre pegada a las vértebras, formando atroz hendidura; brazos y piernas alargados, disformes, del grueso de un palillo mondado, y los ojos, allá en el fondo de las órbitas, desmesuradamente abiertos, pintado en ellos el terror de la muerte próxima. Debía haber jóvenes en aquella tropa de hambrientos; pero era imposible discernir la edad. Todos representaban en sus pobres cuerpos decrepitos cien años; todos tenían el aspecto de seres de leyenda, que viven en la muerte, y que al través de las edades no se acaban nunca de morir. Y todos mostraban sus dientes, acometidos del mismo «ictus» del espasmo de una necesidad no saciada, con las mandíbulas abiertas, que ya no se cerrarían jamás...»

«Como esos esqueletos ambulantes no se habían atravesado en mi camino para el solo hecho de despertar en mí la atroz piedad de su miseria; como yo quería saber qué hacía el Gobierno para socorrerles, pedí a un soldado escocés que me acompañara a un «famine-camp». Bojidar refiere así lo que vió:

«En el «famine-camp, cerca de Cawnpore, encontré a mi caravana de la víspera, a los mismos seres miserables, estenuados, ¡trabajando! Sí, trabajando aquellos fantasmas, en número de tres mil, bajo la vigilancia de los «babous», mestizos que en toda la India explotan la carne depauperada de los hambrientos y disponen del dinero de la caridad pública. Los esqueletos, los fantasmas, pasaban y repasaban por delante de mí, llevando sobre su cabeza sacos de tierra. Todos desnudos, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, confundidos en un mismo montón, que

a menudo caía al suelo con el peso de la carga como bajo la hoz de un segador, la siniestra hoz de la muerte. Y recibían por precio de su faena dos ó tres «cauris» (conchas de las que es preciso reunir 190 para que representen el valor de un sueldo). Durante el hambre de 1897, esos «babous», esos industriales de la miseria, de la desesperación y de la agonía, hicieron fortunas de millones de francos.

Los hambrientos que no pueden trabajar y llenan inútilmente el «famine-camp», son llevados al «poor-house», al hospital, que se levanta siempre muy cerca del campo del hambre. El hospital tiene el cielo por techo. Y allí, entre cuatro cañas que sirven de paredes al edificio, yacen en el suelo los horribles esqueletos, incapaces ya de tenerse en pie, con el cuerpo sembrado de úlceras sanguinolentas. De entre aquellos espectros se alza un grito que no tiene nada de humano, el lladar, el bramir de los que han perdido una madre, un hijo, un padre. Y semejante alarido de dolor no es consolado por nadie. Ningún médico en el hospital, ningún misionero. Algunos granos de arroz tasados por el «babou».

La variedad de las enfermedades que engendra el hambre es infinita. Los cadáveres se pudren a lo largo de los caminos, y producen el cólera. Las llagas que cubren el cuerpo de los hambrientos y que atacan los huesos, se envenenan, degeneran en úlceras contagiosas. Y a los que no mata la disentería, los consume la peste. La sangre no circula, y, demasiado débil para regar las extremidades, que se secan, hace que las manos ó los pies, ya en podredumbre, se caigan del cuerpo. Y aun más terribles es a veces la locura, la demencia que acomete a esos seres sin ventura en un «poor-house». En una sola noche, en Chander, 700 hambrientos se devoraron entre sí.

Diez millones de individuos murieron de hambre en 1897. Y este año la plaga es mayor, porque se extiende hasta los verdes y fértiles confines del Himalaya, en las provincias que baña el mar.

¿Para qué sirve la religión? me pregunto al acabar de leer esos horribles detalles. Inglaterra es de los pueblos más religiosos de la tierra, y, sin embargo, trata con monstruosa crueldad a los pueblos sometidos a su dominio.

La religión de Cristo, que los ingleses siguen, no ha logrado despertar en ellos ideas de amor y justicia, pues lo mismo al conquistar que al dominar, no se cuidan del bienestar ni de la vida de los seres humanos. Entonces ¿qué influencia ejercen en las naciones ni en los individuos las doctrinas religiosas? ¡qué más haría un pueblo que careciese por completo del sentimiento religioso! Hay que convencerse de esto. La humanidad tiene que buscar otras orientaciones que las religiosas, para rehabilitarse, dignificarse y engrandecerse.

Por haber subido todos los derechos, por obligar a los vecinos a hacer ofrendas, entierros y sacrificios por fuerza, y por querer cobrar en los tribunales tantas exacciones sino se las pagaban al tercer día, fué arrojado del pueblo el cura de Tameiron (Orense) llamado Manuel García, (a) Lapón.

Y fué arrojado entre silbidos, sonar de latas, cencerros, calderas y cuernos, mientras unos trescientos feligreses le seguían gritando: «¡fuera! demonio coronado, Lapón, usurero! ¡fuera canalla indigno!» escoltándole así hasta una legua del pueblo.

¡Qué espectáculo más grandioso y civilizador! ¡Un pueblo entero cobrándose en una hora de todas las cuentas pendientes con su párroco! Hubiera dado una docena de placas del Sagrado Corazón por haberlo presenciado desde una altura cercana. ¡Y poquito que hubiera yo aplaudido! ¡Ni el público de los melodramas cuando matan al traidor!

## TABARINI... Y COMPAÑÍA

El padre Tabarini convocó en el salón del ayuntamiento de Santander a los señores siguientes:

Don José M. Pereda, don A. Gacitúa, don José M. Quijano, don Isidro del Campo, don Gerardo R. de la Parra, don Enrique de Vial, don Alberto de Vial, don Francisco de la Collina, don Francisco G. Camino, don Cayo Pombo, don Eduardo Huidobro, don Dolores Pereda, don José G. Alvaro, don Luis Velasco, don Carlos Hoppe, don José Rábago, don Antonio García, don Severiano Cruz, don Fernando de Huidobro, don Joaquín F. Peña, don Gaspar Lama, don Enrique L. Dóriga, don Victoriano L. Dóriga, don A. Rodríguez Yllera, don Leopoldo Cortines, don Luis Torres y don Enrique Huidobro.

El Padre salesiano no hizo la convocatoria para estudiar el modo de evitar la miseria que se ceba en el obrero, ni tampoco para resolver algún problema sagrado: la convocatoria fué para dar un sablazo a la alta escuela, pues el buen Padre no pide más que 50.000 duros para concluir el edificio que posee en el Alta a medio edificar, con el fin de montar grandes talleres y explotar varias industrias.

Los señores antes citados recibieron la estocada con los bolsillos abiertos, y en el acto se suscribieron por valor de 8.000 duros; pero no como préstamo, sino graciosamente regalados.

La comisión nombrada para seguir recaudando fondos, seguirá trabajando: ¡si los tendrá bien trabajados el Padre Tabarini, cuando sígue sabiendo hasta conseguir los consabidos 50.000 duros!

Para nadie es un secreto que Tabarini y otros muchos Padres asustan a los adinerados con el coco del socialismo y la revolución social, y aconsejan que con sus capitales acudan a contrarrestar la propaganda de estos ideales; pero, ¡cree de buena fe el fomentador en agraz de la industria santanderina, que con cuatro sobrinos de curas, tres momos ingertos en sacristanas, y doce incluseros, débiles de fuerzas físicas por la bazofia con que están alimentados, y romos de inteligencia por la deficiente educación que reciben... cree, repito, el Padre salesiano que con esos elementos, a pesar de los billetes de Banco de los cándidos sableados, podrá detener el avance del socialismo en la Montaña? Si lo cree es lo mismo que si afirmara que un puñado de niños pueden contener las olas del en-



